

La
INFANTA
invisible



*¿Quién es realmente
Cristina de Borbón?*



PALOMA
BARRIENTOS



LA INFANTA INVISIBLE

Paloma Barrientos

Créditos

Edición en formato digital: junio de 2014

© Paloma Barrientos, 2014

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito legal: DL B. 11584-2014

ISBN: 978-84-9019-821-6

Conversión a formato digital:

www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Julia, mujer valiente a la
que admiro y quiero desde el mo-
mento en que abrió sus ojos.
Y para Daniel que es y será
siempre el hombre de mi vida
A los dos por hacerme feliz*

Este libro no habría sido posible sin la iniciativa de Carmen Romero, que me animó y a la que casi agoto con las fechas de entrega. A los amigos que tuve abandonados por dedicar los fines de semana a la escritura: Charo Dago, Felicidad Marcos, José, Martín, Sagrario, Angie, Belén, Yolanda, Miguel Ángel, Roig, Marisa, Roseta, Juan Y. A los que supieron guardar el secreto mientras escribía: la incondicional Cristina Rubio y José Antonio Sánchez, dueño de *El Confidencial*, gran apoyo profesional y afectivo desde que nos encontramos y pocos confiaban en el éxito de la prensa *online* y libre. A Enrique Yeves y Liliana di Carlo, mi puerto seguro en Roma, y a Javier Puyol y Esther por lo mismo en Madrid. A Carmen Félix, siempre firme y cariñosa en la retaguardia. A mi trío de ases Almudena, Tomás y Emilio, por tantas y tantas cosas. A mi familia, a mis hermanos Mauro, Jaime y Alfonso, que están ahí, y a María del Mar, mi ahijada querida. A Marile Zaera, que a lo largo de los años nunca me ha fallado. Mil gracias por los acertados consejos de vida de Valiño, Queca Campillo, Mayka Pérez de Cobas y Mayte, la *supercouching*. A Nacho, Sara, Dani Raoul, Juanma, Jorge y José, compañeros de *Vanitatis*, medio referente al que vi nacer, y, en general, a todos los amigos de la profesión que a lo largo de tantos años me han demostrado su cariño incondicional. Gracias, Bea Cortázar, Ana Rosa, Carlos Pérez, Dani Carande, Villacastín, Mariñas, Elio, Fresno, Eyre, Duerto, Sonia de AR, la dulce *solucionalotodo*, y Nacho Cardero. Y, por supuesto, a los que cada día me facilitáis la vida, que sois tantos: mis sevillanos preferidos Carlos Herrera, Joca, Mario y Reyes; las chicas Jesus-

maría: Malola, Ina, Julia, Paloma S, Paloma C, Blanca, Julia, Elena, María José, Lourdes, Mila, Belén, Teresa y Rocío. En fin... a las personas buenas que me he encontrado en mi camino: Blanca de Ulloa, Jaime Polanco, Rocío Ruiz Jiménez, Jesús Manuel, Montini, Fiona, Alberto, Eduardo, Joaquín, Aurora y Antonio, Cristina y Emilio, las Tablada, Pilar y su niño Pablo, Agapito, Lorena y Álex, Alfonso e Iñaki, Michel y Bill.

LA INFANTA INVISIBLE

1

Una infanta de España en el juzgado

El 8 de febrero de madrugada sonó el despertador de su iPhone. No hubiera hecho falta porque prácticamente no durmió. Desde muy joven, siempre que debía enfrentarse a una situación no habitual o inesperada se alteraban sus sueños. Daba igual que fuera la noche de Reyes o la víspera de un examen oral de los que tuvo, tanto en los últimos cursos del colegio Santa María del Camino, como en la Facultad de Sociología, donde los profesores Torregrosa y Mesa preferían el cara a cara con sus alumnos.

Cristina de Borbón y Grecia se preparó para uno de los días más complicados de su vida. Su comparecencia como imputada por dos delitos ante el juez Castro que instruía el Caso Nóos. Amaneció sola en el dormitorio de los apartamentos Victoria del hotel AC de la avenida Pedralbes. Esa soledad no era impuesta sino pactada con su marido. Desde que llegaron los niños habían decidido que, salvo casos excepcionales, procurarían que uno de los dos se quedara siempre en casa si el otro tenía obligaciones que cumplir. Y esta vez no hubo cambios. El día 8 era excepcional, pero quizá valoraron más la estabilidad emocional de sus cuatro hijos, a los que ya se les había explicado cuál era la organización familiar para que uno de los dos progenitores estuviera con ellos. Y por ello Iñaki había regresado el día anterior a Ginebra para organizar el núcleo familiar. Cristina tampoco dio el visto bueno a su hermana Elena para que viajara a Barcelona como quería, y tampoco estuvo con ella la princesa Alexia, prima, amiga, confidente, consejera y

encubridora en los inicios de su romance con el deportista Urdangarin, y de muchos otros secretos. La hija del ex rey de Grecia ha sido y es la persona de su absoluta confianza, mucho más que los hermanos o la reina. «En general Cristina es muy recelosa con la gente que se le acerca y las amistades nuevas son escasas. Mientras que Iñaki es todo lo contrario y le gusta socializar. Alexia y Carlos, su marido, son un buen soporte de fidelidad para el matrimonio.»

El hotel donde estaba alojada se encontraba ubicado muy cerca de la calle Elisenda de Pinós, donde estaba la casa que, hasta hacía muy poco, fue su domicilio familiar, y donde, junto a Iñaki, había sido muy feliz. El palacete de las desgracias, de los despropósitos, de los seis millones de euros, de la prepotencia, como definía la prensa a esa torre que ahora permanece cerrada, sin pretendiente, cuando antes, quizá, se la hubieran quitado de las manos por aquello de vivir en los mismos metros cuadrados que la hija del rey. Aunque la pusieron a la venta por nueve millones y medio de euros, y más tarde bajaron el precio, no consiguieron venderla. Al menos por ahora. El juez Castro, el látigo justiciero y quien alteró el sueño de la infanta la noche del 7 de febrero, lo impidió. Dictó un auto en diciembre de 2013 por el que se embargaba la mitad del inmueble al ser propietarios la infanta y su marido al cincuenta por ciento.

Otro varapalo más antes de que ocurriera lo que parecía inevitable, pero que Cristina nunca pensó que llegaría a suceder: acudir a un juzgado en calidad de imputada y con toda la prensa nacional e internacional haciéndose eco de los delitos de blanqueo y fraude fiscal que supuestamente habría podido cometer. Era la segunda vez que se solicitaba su presencia. De la anterior consiguió evadirse gracias a la oposición del ministerio fiscal. Esta vez hubo un cambio de estrategia por parte de los asesores de Zarzuela que aconsejaba no marear más la perdiz. Sugirieron a la infanta aplicar a su vida el teorema de Thomas, formulado por el sociólogo del mismo nombre, que, en su esencia, dice que «las cosas no son como son, sino como se perciben». Y, a estas alturas, lo que percibían los ciudadanos era que no se

cumplía la frase que dijo el rey de que «la justicia es igual para todos». Lo que seguramente acudiría a la mente de la infanta es el recuerdo de aquellos años en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, cuando la bautizaron como la «infanta lista» y la «infanta de naranja, infanta de limón». Pintadas que aparecían a menudo y que el rector mandaba eliminar, hasta que un buen día la propia protagonista afirmó que le daba igual y que, además, «yo creo que es contraproducente». Y efectivamente funcionó, porque el sol y la lluvia se encargaron de suavizar las pintadas que, junto a otras del tipo «abajo la monarquía» o «fuera el Borbón», eran casi de guardería. Recuerdos y evocaciones que discurrían por su cabeza mientras pasaba por su antiguo domicilio en la llamada zona alta de Barcelona.

Desde que emigró a su exilio dorado de Ginebra, nunca ha vuelto a introducir la llave en la cerradura de su casa de Pedralbes, donde había vivido su cuento de amor y felicidad. Su Xanadú privado. Pero para Lñaki Urdangarin parecía ser una demostración pública de dónde había conseguido llegar, de su escalada al Olimpo de los poderosos, un anhelo que tenía claro desde que enamoró a la hija pequeña del jefe del Estado. Triunfar en la vida a costa de lo que fuera, utilizando las prebendas que se presentaban en el camino por ser el yerno real. Al fin y al cabo, para Cristina era lo habitual, lo que había visto en casa con las amistades influyentes y a veces peligrosas que rondaban Zarzuela y Mari-vent.

Pero como Cristina es pragmática, fría, e incluso los que la han tratado la definen como calculadora, esa mañana tenía muy claro cómo sería su aparición ante el juez Castro. El día anterior pasó por la peluquería para un *brushing* rápido. No hacía falta que le dieran el baño de color porque las mechas le duraban desde la última vez que se las habían hecho en Llongueras, su sitio de siempre. Melena al viento, que es lo que mejor le sienta, sabedora de que su imagen iba a recorrer el mundo. En cuanto al estilismo, ya lo tenía claro cuando hizo la maleta en Ginebra: tenía que ser de perfil bajo. Chaqueta de terciopelo azul, pantalón gris, ca-

misa blanca y unos botines, seguramente comprados en la tienda de la calle Mestre Nicolau de su amiga Cristina Castañer. Casualidades de la vida, la sede del Instituto Nóos se ubicaba en el número 19 de la misma calle. Todo a tiro de piedra, incluido el restaurante japonés donde Urdangarin y Torres acudían al mediodía, y, a veces, se unían también sus mujeres. La comida japonesa es una de las preferidas del matrimonio y fue el menú elegido por Cristina para festejar el cuarenta cumpleaños de su marido con una fiesta sorpresa a la que asistieron más de noventa invitados, entre los que se encontraban la reina, los príncipes de Asturias y, por supuesto, el matrimonio Torres. Las facturas de la *soirée* corrieron a cargo de Nóos, fundación sin ánimo de lucro, como figura en la instrucción del juez Castro.

Perfil bajo y austeridad pero sin pasarse, porque el trámite era exclusivamente legal, y el convencimiento de no haber cometido ningún fraude le daba seguridad. Como decían sus amigos: «De haber hecho algo inapropiado, se podría calificar de irregularidad, nunca como delito. Van a por ella y el juicio mediático ya la ha condenado.» Cada uno es libre de hacer sus juicios de valor y, aunque muchos de los que se arrimaron a los Urdangarin-Borbón para presumir luego les dieron de lado con los desmanes de Nóos, hubo otros que permanecieron fieles, como el presidente del Grupo Planeta y su mujer, que invitaron a la infanta y su marido a la boda de su hijo Pablo con Anna Brufau, hija de uno de los directivos de Indra en Cataluña, celebrada el 25 de octubre de 2013. Los duques prefirieron no hacer el paseíllo previo al enlace y, en cambio, sí se dejaron ver en la fiesta. «Te los encontrabas nada más entrar, juntos y pendientes de las reacciones de la gente. Hubo invitados que pasaron de saludarlos, no por falta de educación, sino porque les parecía una provocación la presencia de Urdangarin», contaron en su día testigos presenciales.

Todo aquello ya es humo, debió de pensar Cristina de Borbón mientras se preparaba para tomar el vuelo de la compañía Vueling de las ocho y veinte que la conduciría del aeropuerto del Prat en Barcelona a Son Sant Joan en

Palma, lugar que daba nombre a su título de duquesa, además de a la calle que más tarde desaparecería por decisión de un pleno municipal escudándose en el «comportamiento poco ejemplar», como definió el rey por boca del jefe de su casa, Rafael Spottorno, los tejemanejes de Urdangarin.

Mallorca era la isla de sus veranos, de sus primeras salidas independientes, de esos amores adolescentes que, a diferencia de sus hermanos, no fueron muchos pero formarán parte de su historial emocional. Disfrutaron del palacio de Marivent, Fernando León, medalla de oro en Seúl, que pasó de profesor de vela a algo más, Álvaro Bultó, e Iñaki Urdangarin, antes de formalizar su noviazgo. Nunca fue oficial esa estancia en la residencia de verano de los Borbón, pero la pareja vio amanecer y anochecer cuando los reyes aún desconocían que la menor de sus hijas se moría de amor por un jugador de balonmano.

Muchos años después, don Juan Carlos se quejaría de las malas bodas que habían hecho sus descendientes, comparándolos con los Orleans españoles o la de su sobrino Luis Alfonso de Borbón con la joven Margarita Vargas, que, además de su inmensa fortuna familiar, tenía estudios internacionales, idiomas y educación. Al rey le desesperaba «tener que apoquinar con todo», frase que han oído decir al monarca en más de una ocasión en reuniones no demasiado íntimas.

Hacia Palma volaba la infanta en un viaje solitario, acompañada por dos escoltas visibles y otros tantos disimulados entre el pasaje. La seguridad era primordial, aunque lo llamativo del caso es que estaban más pendientes de los reporteros de Antena 3, que habían conseguido plaza en ese vuelo, que de cualquier ciudadano indignado que hubiera increpado a la infanta Cristina. A pesar del madrugón y de haber dormido esa noche a trompicones, la viajera real no acusaba nervios ni mala cara. Quizás en este punto cabe resaltar la opinión de amistades y conocidos de la familia Urdangarin y de la propia imputada, que aseguran que esa tranquilidad se deriva de la absoluta convicción de no haber cometido ningún delito. Ni ella ni su marido, más allá

de haber utilizado su estatus para beneficiarse. Nada diferente a lo que habían hecho otros personajes que estuvieron a la sombra del monarca, como Mario Conde, Manuel Prado y Colón de Carvajal, Javier de la Rosa, el príncipe Tchokotua, y muchos otros apellidos sonoros que medraron a la sombra de Zarzuela. Algunos acabaron en la cárcel cumpliendo sus condenas, y otros se libraron, pero la repercusión mediática de esos pelotazos siempre estuvo presente en la vida de la señora de Urdangarin, una mujer capacitada, leída y, por tanto, enterada de lo que pasaba en España. Su titulación, su trayectoria personal y laboral en La Caixa con un puesto de responsabilidad, manejando importantes presupuestos para los programas de cooperación que dirigía, así lo avalaban. «Siempre ha sido la infanta lista y con una gran capacidad de organización», aseguran los que la han tratado en su centro de trabajo, donde hay disparidad de opiniones, y más desde que se «creó un puesto a su medida en Ginebra a todas luces innecesario. Nunca había existido porque en el organigrama de La Caixa no se consideraba mantener ninguna sucursal de esas características».

En Vitoria, donde reside el grueso de la familia del duque de Palma, mantienen la convicción de que «Iñaki se dejó llevar. Él no tiene capacidad para idear estrategias de esa categoría. Le engañó Diego Torres, que fue siempre la cabeza pensante». Y así lo consideran también los niños Urdangarin. El mayor, plenamente consciente de los cambios familiares tras su vuelta de Estados Unidos, tuvo que defender a puñetazo limpio la honorabilidad de sus padres cuando algún compañero del Liceo Francés llamó «chorizo» a Urdangarin, «ladrona» a la infanta, y a ellos, «los españoles pringaos». Con los amigos, el primogénito justificaba la situación diciendo que «el tío Diego fue quien lo hizo todo y engañó a mi padre». Torres y el duque de Palma se conocieron en 2000, en ESADE, la escuela de negocios donde Iñaki realizó un máster en Business Administration, y recibiría unos títulos que también resultaron polémicos.

Explicar a los hijos por qué hay que dejar la casa de tus sueños por segunda vez y marcharse a Ginebra a un nuevo colegio y encontrar nuevos amigos, a la vez que observan cómo los reporteros esperan en la puerta de la casa y sus padres salen a escondidas por una puerta clandestina, era, más que complicado, peliagudo. La diferencia con otras veces era que la madre se enfrentaba a un juez y la prensa en su totalidad estaría pendiente de esa llegada.

Y, a pesar de que en el palacio de la Zarzuela se barajaba esta posibilidad más como remota que cercana, en el ámbito personal de la duquesa de Palma eran más realistas. El 31 de octubre, día del cumpleaños de la infanta Elena, hubo invitados en esa fiesta, organizada en el propio palacio, que apuntaban que «ese juez no se va a quedar tranquilo hasta que no vea a doña Cristina sentada en el banquillo de los acusados y las televisiones grabando su llegada». Se hizo un silencio y la propia protagonista pareció no darse por enterada o bien no escuchó el contenido total de la frase. La fiesta de aniversario continuó como si el Caso Nóos no existiera, y así fue durante las Navidades que el matrimonio Urdangarin y sus hijos pasaron en Zarzuela, y después en París celebrando la salida y entrada del año en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. La imagen pública que presentaron los duques de Palma y su familia, disfrutando de un ocio impensable en tiempos de crisis para el resto de los españoles, no era la más conveniente pero lo hicieron. Y el príncipe se subía por las paredes sin entender por qué su hermana y su cuñado no eran capaces de ver las consecuencias de sus actos.

En aquel momento la imputación estaba lejos, aunque el rey ya había puesto los mimbres suficientes para que el cesto de la defensa de su hija fuera consistente. Hubo un estudio pormenorizado de los principales bufetes de abogados, analizando los pros y los contras de uno y otro. Tampoco había mucho tiempo porque los indicios de la implicación de la infanta en la trama Nóos eran más que suficientes para el juez Castro. Otra cosa era que en la Casa Real se hubiera mirado para otro lado, o que las recomendaciones